

Ricardo García Cárcel

EL DEMONIO DEL SUR  
LA LEYENDA NEGRA DE FELIPE II

CÁTEDRA  
HISTORIA. SERIE MAYOR

# Índice

AGRADECIMIENTOS .....	9
ABREVIATURAS .....	11
PRÓLOGO .....	13
INTRODUCCIÓN. El concepto de leyenda negra y el síndrome del fracaso .....	19
CAPÍTULO PRIMERO. Los antecedentes: la imagen de Carlos V .....	47
1.1. La prehistoria de la Leyenda Negra .....	47
1.2. La memoria de los Austrias: el bueno y el malo .....	50
1.3. La imagen protestante de Carlos V .....	56
1.4. El Imperio y Europa .....	63
1.5. La herencia comunera .....	70
CAPÍTULO 2. El rey oscuro .....	81
2.1. Una personalidad polémica .....	81
2.2. La reputación del rey .....	93
2.3. Antonio Pérez: el hombre que sabía demasiado .....	96
2.4. Felipe II y los españoles. Los frentes críticos: «Hombres tristes y desconsolados y desesperados» .....	104
2.5. Proceso al pasado: la conciencia crítica de la decadencia .....	123
2.6. El gobierno imposible .....	135
CAPÍTULO 3. El fanático déspota .....	145
3.1. El discurso protestante y la Inquisición .....	145
3.2. América y Europa .....	155
3.3. La competencia vecinal francesa .....	170
3.4. El desencuentro británico: Felipe e Isabel .....	185
3.5. La revuelta de los Países Bajos: Alba y Orange .....	206
	459

3.6. El nacionalismo portugués y la nostalgia de lo que pudo ser y no fue ....	222
3.7. La sutilidad italiana .....	241
CAPÍTULO 4. El parricida: el caso don Carlos .....	251
4.1. La muerte del príncipe y la obsesión por su cadáver .....	254
4.2. En busca de las arcas perdidas: el debate sobre las fuentes documentales	261
4.3. La versión oficial del caso .....	271
4.4. De la sospecha del asesinato a la justificación por razón de Estado .....	280
4.5. El príncipe don Carlos como personaje literario .....	300
4.6. El príncipe enfermo .....	319
4.7. La vida sentimental de don Carlos: las mujeres del príncipe .....	339
4.8. El príncipe rebelde .....	348
CAPÍTULO 5. Balance final. El fracaso de la Leyenda Blanca .....	369
APÉNDICE DOCUMENTAL .....	377
Guillermo de Orange. <i>Apología</i> .....	379
Antoine Arnauld y Michel Hurault. <i>Antiespañol</i> .....	393
José de Teixeira. <i>Fuora Villaco (Tratado paranético)</i> .....	409
André Maillard. <i>Le francophile</i> .....	413
Anónimo. <i>L'État d'Espagne</i> .....	415
Brantôme. <i>Memorias</i> .....	419
BIBLIOGRAFÍA .....	425
ÍNDICE ONOMÁSTICO .....	439

## Prólogo

Fue Voltaire el que en su *Essai sur les mœurs* denominó a Felipe II como el Demonio del Sur porque «desde el fondo de España, que está en el sur de Europa, perturbó a todos los demás Estados». Desde su ironía sarcástica, Voltaire contribuyó a incentivar la llamada Leyenda Negra sobre este rey, que amplificaría después a toda España, como el rincón más oscuro de Europa. Hace veinticinco años que escribí un libro sobre la Leyenda Negra. Vivíamos en 1992 una euforia olímpica. Hacía poco tiempo que España estaba integrada en la Unión Europea, lo que nos hacía pensar que habíamos alcanzado el ansiado estatuto de la normalidad europea y que el concepto de Leyenda Negra había que enterrarlo mientras se entonaba un réquiem por el discurso solipsista y victimista que latía en él. A lo largo de este cuarto de siglo la historia de España ha pasado por diversas fluctuaciones, y el concepto, lejos de estar enterrado, parece estar muy vivo, a caballo de renovadas inquietudes en torno a nuestra propia identidad nacional. Así lo refleja la frecuente apelación que se hace a la Leyenda Negra antiespañola en cuanto se produce una contrariedad o emerge un problema en la política internacional de España y, desde luego, se constata también en la reciente publicación de diversas obras que han reabierto los viejos debates sobre el concepto de Leyenda Negra.

Por mi parte, sigo pensando, como hace tantos años, que el término aportado por Julián Juderías es, en sí mismo, un producto histórico que hay que insertar en el contexto del tiempo en que surgió y que el concepto de Leyenda Negra debe integrarse en el marco de la historia de los flujos de opinión, la imagología, con todas sus connotaciones racionales e irracionales. No creo que se deba asumir el concepto de Leyenda Negra antiespañola como la fatídica maldición de la descalificación exógena de nuestro país que nos castiga con la imagen de un pueblo atrasado lleno de fanáticos religiosos, culturalmente limitado y explotador de víctimas inocentes. Ni la realidad fue como la han pintado las críticas negativas —y ello está hoy más que demostrado—, ni desde luego España ha sido el único país que ha sufrido el acoso de la propaganda y la publicidad destructiva. La tesis del excepcionalismo español es inadmisibles. En la escala de valores competitivos, ni

somos mejores ni peores y, por supuesto, nunca únicos. No estoy de acuerdo con la hipersensibilidad ante cualquier crítica de nuestro pasado estableciendo un correlato mecánico pasado-presente que nos obliga a ejercer de permanentes vigilantes de la opinión ajena ni puedo compartir la apatía indolente de una determinada conciencia masoquista hispana que parece regodearse en la crítica que viene desde fuera como la única posible y merecida. España no solo ha sido sujeto pasivo de opinión, también ha sido, y lo es, sujeto agente de la misma. La cuestión no está en afirmar o negar la Leyenda Negra, sino en desdramatizar toda la carga fatalista del término.

Curiosamente, ahora, cuando hace un siglo de la publicación de la obra de Juderías, parece lanzarse una ofensiva de rearme del concepto de Leyenda Negra, dentro de un escenario político de renovadas inquietudes ante el problema de España causadas, entre otros motivos, por los espasmos nacionalistas periféricos. Me llama la atención que una vez más se retome el fantasma de las viejas descalificaciones de nuestro pasado por parte de los países europeos cuando el problema trascendental, insisto, lo tiene la sociedad española en las propias incertidumbres e inseguridades respecto a la estructura del Estado-nación.

Ningún historiador europeo o americano asume como veraces las furibundas descalificaciones de lo hispánico que hicieron sus antepasados. Solo permanece, sí, en Europa, la tópica contraposición norte-sur, trabajo y ocio, productividad y relajación, que no se refiere únicamente a España, sino al conjunto de los países mediterráneos y que tiene que ver mucho con la dicotomía weberiana del calvinismo y el catolicismo.

La llamada Leyenda Negra antiespañola ha focalizado su atención sobre muchos temas y esgrimido muchas argumentaciones. La figura de Felipe II ha sido referencia fundamental de la opinión negativa sobre España. El extraordinario poder que la monarquía de Felipe II llegó a alcanzar y la propia oscuridad del personaje han contribuido decisivamente a incentivar la atención de todo tipo de miradas. El personaje de este rey ha ido siempre unido a instituciones tan polémicas como la Inquisición, atribuyéndole al rey Felipe la condición de creador del Santo Oficio, o a la valoración de la conquista y colonización española de América como si el mismo rey hubiera sido el único responsable de la labor colonial en Indias.

El rey oscuro e incomprensible para muchos, el rey fanático déspota y el rey parricida, presunto asesino de don Carlos, son los tres estigmas principales que han determinado la imagen siniestra de Felipe II, las joyas de la corona de aquel Demonio del Mediodía que tantos regueros de tinta ha hecho correr históricamente. Estos tres perfiles son los caminos que hemos seguido en este libro a la hora de explorar el magma de atribuciones y adjetivaciones fatales que han acompañado a nuestro personaje. He dividido el libro en cuatro apartados. Tras replantear en la introducción el concepto y el término de Leyenda Negra, tema sobre el que hemos reflexionado en diferentes publicaciones a lo largo de este último cuar-

to de siglo, en el primer capítulo se examinan los antecedentes de la mala imagen de Felipe II centrándonos en la personalidad de Carlos V y buscando los contrastes entre el padre, el emperador y su hijo Felipe II. En el segundo, se aborda el perfil del rey Felipe II como el oscuro, el impenetrable, el obsesionado con la disimulación y el enmascaramiento de su auténtica identidad. En el tercero se penetra en la imagen de Felipe II como el rey déspota y fanático, terror de disidentes de cualquier tipo, reivindicador de la ortodoxia dogmática y del disciplinamiento severo. En el cuarto se explora la vertiente más personal del rey con el estudio de la oscura muerte del príncipe don Carlos, que nos ha llevado a profundizar en las singulares relaciones entre el padre y aquel hijo. Al respecto, se han estudiado las diversas representaciones del príncipe en los últimos capítulos, confrontándolas con la realidad histórica entre tres vertientes: la del príncipe enfermo, la de sus relaciones con las mujeres y la del rebelde conjurado con los protestantes. Al final, se explica la incidencia que en la imagen de Felipe II tuvo el fracaso de la leyenda blanca, la construcción narcisista de la monarquía que intentó promover el rey con pobres resultados.

Efectivamente, he dedicado muchas páginas al análisis del caso don Carlos, el hijo-heredero muerto en 1568 y que ha llevado a adjudicar el atributo de parricida al rey.

Don Carlos es uno de los personajes de la historia de España más enigmáticos. Su agitada vida de príncipe de trato difícil, con problemas psicológicos que inquietaron en la corte respecto al futuro de la propia monarquía y, sobre todo, su precoz y oscura muerte llena de sombras de duda y de sospechas hacia la responsabilidad de su padre, el rey Felipe II, marcan el interés del personaje histórico de don Carlos y, al mismo tiempo, las dificultades para abordarlo con la objetividad deseable. Y ello porque don Carlos no solo es una figura histórica nacida en 1545, sino que ingresó ya hace mucho tiempo en la galería de los mitos como referente inexcusable de la Leyenda Negra contra Felipe II, como prueba testimonial más radical de la trascendencia de la razón de Estado, como ejemplo de los extremos de crueldad a los que puede conducir el enfrentamiento entre un padre y un hijo... En España, en cualquier caso, ha pesado siempre mucho la necesidad del discurso políticamente correcto a la hora de abordar el personaje de don Carlos. Es muy significativo que la pintura histórica del siglo XIX, a la que tanto fascinó la época los Austrias, se ocupó poco del personaje de don Carlos. Solo se acordó de él Antonio Gisbert, que pintó su muerte (1858), y José Uría, que retrató su pelea con el duque de Alba (1881). Hemos de recordar, asimismo, que el cine épico español de la posguerra, que tantas películas dedicó a los hechos gloriosos de la historia moderna española, soslayó deliberadamente alusión alguna a nuestro personaje.

Hace unos diez años, el director de cine Jaime Camino escribió un muy interesante guión sobre el personaje que tuve ocasión de debatir con él. Camino tenía